

de mujeres que vivieron apasionadamente, y plantea estimulantes análisis sobre el impacto social e histórico de sus discursos y prácticas, en distinta medida transgresores.

Raquel Serrano González
Universidad de Oviedo
serranoraquel @uniovi.es

CASAMAYOR MANCISIDOR, Sara: *La vejez femenina en la antigua Roma: cuerpos, roles y sentimientos*. Oviedo, Trabe (Colección *Deméter*, 11), 2019. 324 págs. [ISBN: 978-84-16343-84-3].

La presente monografía es adaptación de la tesis doctoral defendida por la autora en la Universidad de Salamanca en septiembre de 2018. Nos encontramos ante un interesante estudio en el que se pretende arrojar nueva luz sobre una franja etaria, la ancianidad femenina, que hasta la fecha no ha merecido la atención que debiera por parte de la historiografía. La novedad del trabajo que presentamos es destacable, pues —a mi conocimiento— no se ha realizado, hasta la fecha, ninguna obra que aborde de manera sistemática la cuestión de la vejez femenina en la Roma antigua.

Estructuralmente —y sin contar ni la introducción ni las conclusiones— el libro se divide en siete capítulos de los cuales cuatro son de índole metodológica. Tras un sentido prólogo firmado por María José Hidalgo de la Vega, maestra de la autora, y una introducción en la que se destaca la necesidad de hacer frente a la discriminación de la vejez (“edadismo”), el primer capítulo, titulado “La vejez femenina en la historiografía sobre la antigüedad” (pp. 19-25) analiza brevemente cómo se ha venido abordando la vejez dentro de la historiografía. Así, partiendo de los pioneros trabajos de Simone de Beauvoir, Peter Laslett y Georges Minois se destaca, ya dentro de la historia antigua, la enorme influencia de dos obras (muy diferentes) aparecidas en 2003: *Old Age in the Roman World*, de Tim Parkin y *Experiencing Old Age in Ancient Rome*, de Karen Cokayne. Más específicamente se subraya la casi nula presencia de las *vetulae* dentro de la historiografía y se señala la necesidad de estudiar sus figuras desde unos análisis comprometidos con el género.

El segundo capítulo, “Fuentes empleadas” (pp. 27-40) es un apasionado alegato que aboga por la integración metodológica de cara a conseguir un mayor grado de comprensión de la vejez femenina en la antigüedad. Así, se afirma que “todas las representaciones de una sociedad acerca de un fenómeno concreto —en este caso la vejez— nos hablan sobre cómo se concibe dicho fenómeno dentro de la misma” (p. 27). A lo largo del epígrafe, y de forma paralela a la presentación de las numerosas fuentes literarias, epigráficas, osteológicas y artísticas que se van a

emplear en el estudio, se destacan sintéticamente tanto sus potencialidades como sus peligros, pues los investigadores han de conocer las múltiples variables que pueden condicionar las interpretaciones que ofrecen de los distintos testimonios.

El capítulo tres, “Estudiar la vejez. Aspectos introductorios” (pp. 41-52) parte de las definiciones ofrecidas en el *DRAE* de vocablos como “vejez” o “viejo” para transmitir la enorme ambivalencia de unos términos que, incluso en nuestra sociedad actual, suelen ser interpretados de manera distinta por las personas. En aras de clarificar su presentación, la autora afirma que ha agrupado los contenidos de la misma en función de las “cuatro dimensiones” de la vejez: cronológica, física, psicológica y social. Seguidamente se expone la existencia, en la sociedad romana, de un “modelo normativo de vejez femenina que se insertaba dentro de otro modelo general de mujer” (p. 47) y se destaca la importancia de incluir en nuestros estudios tanto la intersección de las categorías de género y edad como algunos de los postulados desarrollados por la Gerontología Feminista. El capítulo termina recordando los principales términos latinos empleados para hacer referencia a las mujeres ancianas y explicando los distintos criterios que han llevado a la autora a considerar a una mujer como *vetula*.

El cuarto capítulo, titulado “Las *vetulae* y el ciclo vital” (pp. 53-84) comienza destacando cuál era, a ojos de los autores antiguos, el límite superior de la vida y recordando los nombres de algunas personas muy ancianas que aparecen en las fuentes literarias. Seguidamente se explica la concepción del ciclo vital en la antigua Roma, afirmándose que las distintas divisiones en edades “son en su mayoría de carácter masculino y están basadas en el ejercicio de las magistraturas públicas o en la elegibilidad para el ejército” (p. 59) y que, en el caso de las mujeres, la división se establecía en función del momento reproductivo en el que se encontraban. A renglón seguido, y tras analizar los distintos tipos de fuentes disponibles —literarias y legales, principalmente, pero también alguna inscripción—, la autora trata de determinar a partir de qué edad las romanas eran consideradas ancianas, adentrándose también en una vieja polémica historiográfica que buscaba ponderar el grado de conocimiento de su propia edad que tenía la población de la época. Con objeto de cuantificar el “peso específico” de la vejez en Roma, el capítulo se cierra realizando un interesante recorrido por las principales explicaciones al efecto propuestas tanto por la demografía histórica como por los numerosos estudios estadísticos que se han realizado hasta la fecha sobre diversos *corpora* epigráficos.

El capítulo 5, “El cuerpo de las *vetulae*” (pp. 85-130) comienza destacando que, aunque la medicina antigua solo prestaba atención al cuerpo femenino en aquellos aspectos relacionados con su capacidad procreadora, mostró muy poco interés por la menopausia como fenómeno médico (pues se consideraba un proceso natural). A continuación se analizan muchas de las patologías asociadas a vejez y que, atestiguadas inicialmente en las fuentes literarias, solo recientemente están comenzando a ser corroboradas por la osteología. Entre las patologías físicas se

citan, entre otras, la debilidad, los temblores, la osteoporosis, la pérdida de piezas dentales, la ceguera, la sordera, las cardiopatías, los derrames cerebrales y las apoplejías; entre las mentales se mencionan la pérdida de agilidad mental, las dificultades en el habla y el aprendizaje, la demencia y la enfermedad de Alzheimer —recogemos solo las más importantes—. Particularmente evocadoras son las pp. 101-103, donde se evidencia, cruzando datos literarios y procedentes de esqueletos, la enorme vulnerabilidad de las *vetulae*, sobre todo aquellas que eran dependientes. Adentrándose en el análisis del aspecto físico de las ancianas se analizan por separado las representaciones artísticas (pp. 105-117) y las imágenes proporcionadas por la literatura (pp. 117-129). En lo referente a las primeras se destaca la contraposición existente entre aquellas piezas que nos muestran a las ancianas como ejemplos de *gravitas* y aquellas del tipo *anus ebria* (o similar) cuyo significado último ha hecho verter ríos de tinta a la historiografía especializada. Respecto a las fuentes literarias, su caracterización de las *vetulae* destaca por la atribución insistente a las mismas de una serie de atributos físicos que, como las arrugas, la flacidez, el mal olor, la calvicie o la pérdida de dientes, no serían sino el aspecto visible de una moralidad corrompida y depravada. A partir de un fino análisis de pasajes seleccionados de Marcial (3.93) y Horacio (*Ep.* 12) que deshumanizan, animalizándolas, a determinadas ancianas, la autora refleja que era esta una estrategia encaminada a alejar a este colectivo del modelo ideal de comportamiento femenino encarnado por las matronas “respetables”.

El sexto capítulo, bajo el título “Familia, economía y estereotipos: la *vetula* en la sociedad romana” (pp. 131-254) constituye, por su extensión y por su acercamiento sistemático a la figura de la anciana, el núcleo central de la presente monografía. En la primera parte del mismo se analizan, de manera extensa pero no exhaustiva, los distintos roles familiares que podían adoptar las *vetulae* dentro de la sociedad romana. Sin embargo, en este apartado se abordan tanto relaciones puramente familiares, como las de esposa, madre, abuelas, tías (*matertera/avita*) y suegras, como otras que, no perteneciendo propiamente hablando a la familia, responderían más bien a los lazos de *familiaridad* —vecinas, patronas y esclavas—. La subsección 1.5, dedicada a la exposición de la realidad vital de las mujeres solas, ya fueran viudas, divorciadas, solteras o vestales (pp. 175-183), resulta particularmente interesante pues arroja nueva luz sobre un grupo de población numeroso que no ha recibido, muchas veces, la atención que merece por parte de la historiografía; nos encontraríamos, además, ante unos colectivos especialmente vulnerables, pues los mismos fueron objeto preferente de las interesadas atenciones de los llamados *captatores*. Finalmente, las últimas páginas de este primer apartado tratan de analizar, en la medida de lo posible, cómo sería convivir con una persona anciana dentro del ámbito familiar. Para ello, se otorga especial importancia a la noción (recíproca) de la *pietas* y se mencionan algunas de las estrategias empleadas por los propios ancianos para garantizarse el mayor grado de bienestar posible durante su vejez.

En un breve segundo subapartado la autora analiza la agencia económica de las *vetulae* (pp. 198-205), aspecto que, evidentemente, sufría fuertes cambios en función del estatus social de las mismas. Así, mientras que las mujeres más humildes, las esclavas y las libertas —pese a saberse vulnerables a consecuencia de su avanzada edad— seguirían en su mayoría trabajando mientras ello les fuera posible, las más adineradas simplemente continuarían gestionando libremente su patrimonio, dedicándose algunas de ellas, además, a un evergetismo cívico que garantizaba tanto la promoción de su estatus personal como el de su grupo familiar.

Mucho más extenso es el epígrafe dedicado a examinar los diferentes estereotipos —tanto positivos como negativos— que las fuentes atribuían a las ancianas (pp. 205-251). El análisis, restringido en este caso a la literatura y al arte, busca, en palabras de la autora, “obtener una visión de conjunto de la percepción social de la vejez femenina en la antigua Roma” (p. 206). Siguiendo el orden expositivo, estos estereotipos son los siguientes: i) Vétula de sexualidad insaciable: Dado que en la sociedad romana el sexo iba encaminado mayoritariamente a la procreación, se destaca que la literatura (sobre todo la elegía amorosa y la sátira) gustó de contraponer las figuras de la joven hermosa (*puella*) y la vieja repulsiva (*vetula*). Según la autora “el deseo sexual, que en las mujeres debía ser moderado, resultaba del todo reprobable en las *vetulae*” (p. 211); ii) *Anus ebria*: En textos literarios latinos de diversos géneros se observa cómo las mujeres, haciendo caso omiso de la supuesta prohibición de la ingesta de vino, lo consumían de manera cotidiana (sobre todo si eran ancianas). Tras analizarse algunos de los factores que motivaron la aparición de este estereotipo se examina con cierto detalle la relación entre las *vetulae* y algunas festividades religiosas que, como las de Tacita Muta y Anna Perenna, conllevaban la ingesta ritual de vino; iii) Bruja: Se afirma aquí que la figura de la bruja vieja comenzó a tomar fuerza durante época tardorrepublicana y durante el principado de Augusto como “un intento masculino por contrarrestar la independencia que estaban adquiriendo algunas mujeres” (p. 226). A lo largo de la exposición se destaca cómo las mismas —a parte de una apariencia estandarizada— comparten una serie de rasgos comunes, entre los que podríamos destacar su capacidad de alterar el orden natural (llegando a resucitar a los muertos), de elaborar pócimas y hechizos, de paralizar o dormir a sus víctimas y de realizar magia amorosa tanto en beneficio propio como en favor de terceras personas; iv) La *lena*: Asociada en ocasiones a la hechicera, “a menudo aparecen [en las fuentes literarias] como pobres, solitarias e iletradas” (p. 235). Además, se les suele atribuir un importante grado de malicia y avaricia que les lleva, incluso, a prostituir a sus propias hijas con tal de ganar el sustento necesario durante su vejez; v) La contadora de historias: se afirma que las ancianas, en tanto que depositarias y garantes de una sabiduría popular de carácter oral, también eran transmisoras de las *aniles fabulae*, historietas que, aunque muchas veces despreciadas, “tenían en la antigua Roma una funcionalidad cuádruple: entretener, asustar/prevenir, ayudar a dormir y enseñar” (p. 240). Se sostiene que las mismas se narrarían, preferentemente,

tanto en ámbitos de la sociabilidad femenina como a niños y niñas pequeños; vi) La *vetula* bondadosa: Para finalizar, se destaca que las fuentes presentan mayoritariamente a las ancianas como individuos que, con sus consejos y sabiduría, se vuelven dignos de fiar. Sin embargo, se resalta que también han llegado hasta nuestros días relatos que nos muestran a ancianas aprovechándose de esta buena imagen para engañar a aquellas personas que habían confiado en ellas.

El capítulo 7, titulado “Las emociones en la ancianidad” (pp. 255-262) constituye nada más que un primer intento de comprender algunas de las emociones de experimentarían las *vetulae* romanas. Así, junto a la percepción de los cambios que estaban teniendo lugar en sus propios cuerpos, las viejas romanas se muestran conscientes de su propia vulnerabilidad y de que, en ocasiones, no constituían sino una pesada carga para sus descendientes o para aquellas personas que tenían que encargarse de sus cuidados. Sin embargo las *vetulae* también podían sentir su avanzada edad como una circunstancia que las legitimaba a la hora de ejercer un mayor grado de autoridad tanto en el ámbito familiar como en el social.

Por todo lo anterior nos encontramos ante una obra muy interesante, y ello tanto por su novedad temática como por la valentía demostrada por su autora a la hora de emprender un estudio que busca abarcar la historia de todo un colectivo social a lo largo de aproximadamente 1500 años. Tanto la redacción del texto como el aparato bibliográfico que lo sustenta —aunque este último con algunas limitaciones—¹ reflejan la meticulosidad y el profundo interés científico y metodológico de su autora. Por otro lado, quien escribe estas líneas ha echado en falta la posibilidad de poder cotejar las traducciones proporcionadas en la obra, procedentes todas ellas de ediciones de contrastada calidad (*vid* pp. 273-280 para un listado de las mismas) con los textos originales en que las mismas fueron inicialmente escritas.

Borja Méndez Santiago
Universidad de Oviedo
mendezsborja@uniovi.es

1. Llama la atención que, en la bibliografía final no aparezcan citados, por ejemplo, los siguientes trabajos: FAYER, Carla: *La familia romana. Aspetti giuridici ed antiquari*. Roma, L’Erma di Bretschneider, 1994; FAYER, Carla: *La familia romana. Aspetti giuridici ed antiquari. Parte II. Sponsalia, matrimonio, dote*. Roma, L’Erma di Bretschneider, 2005; LAES, Christian: *Children in the Roman Empire. Outsiders within*. Cambridge, Cambridge University Press, 2011; STRONG, Anise K.: *Prostitutes and Matrons in the Roman World*. Cambridge, Cambridge University Press, 2016.